Jeroglífico del desconsuelo

Por eso resultaría muy fácil abrir de golpe el armario
y sorprenderte allí, muy formalito junto al tarro de avena,
lamiendo una cuchara sucia de miel. O levantar una piedra del jardín
y oler las cicatrices de tu sueño entre geranios machacados.
Pero también tendríamos, al unísono, que recordar tu viejo truco
de arder entre las olas o avivar, soplo a soplo, el mesurado incendio
con que la nieve retuerce los venados y los pinos.
Casi tan fácil, pues, como explicarnos
por qué eres un cadáver que aún no ha aprendido a descansar,
por ejemplo.
Pero llegados a este punto todos ponemos cara de enterados,
de poseer la consigna. Rompemos filas y empezamos a gritar.
Casi tal vez porque después cantamos:
Federico era nuestro barquito de papel que se perdió en alta mar.
Federico es nuestro lujoso, tranquilizante, papá-mamasota
que antes fue grillo, bigote de sultán, labrada mariposa.
¡Federico!
Y gimen los violines y enfatiza el delirio el orden de sus olas
y nos quedamos quietos, duramente vacíos,
viendo sangran tu espuma por las sienes del trigo.
Tal vez la poesía
(esto lo aseveró en un templo o un mercado de víveres
el hombre que carga el gran pescado en la cajeta de emulsión)
puede ser la prueba irrefutable de que Dios existió alguna vez y tuvo compasión de su esqueleto en las llagas del hombre.
O que las nubes, ¿quién sabe?
O que alguien, todavía más temible y risueño que el secreto,
nos vigila y espera.
Pues las palabras siguen ardiendo,
los muros y las playas amanecen diariamente
y todos los estragos no han logrado vengarse de nosotros.
Pero sucede que sigues esperando sin encontrar esa silla vacía
en que puedas sentarte a reiniciar el diálogo, a toser mansamente,
a oír cómo gimen los ojos y las hojas en la lengua del día.
Pues la rosa sigue y ha de seguir girando entre tus dedos,
en tus dedos sin nadie, entre sombras ajadas,
llamando sin llamar a nuestra puerta
con tu frente mojada por un terco rocío.
Federico: si te dijera muerte, mentiría. No muere lo que arde
y se sacude y busca unas entrañas. Sucede lo que siempre ha sucedido.
Siempre estarás contando el repetido cuento de la tierra,
ese de no acabar, el cuento cuento:
el del susto al abrir un ropero; el insondable enigma de un saludo;
el pavor de unos zapatos sosteniendo un amigo;
el secreto de la toalla tendida (desplegada) en un alambre.

Todo esto lo contaste cada siempre,
con zureo de paloma mascada por un tigre,
con dulcísima voz de niño merendado por un ogro.
Alguien sigue nombrando el fastuoso rigor de la tarde,
el ceño de una vasta ciudad, la plúmbea orgía de la primavera.
El poeta (ahora bailan y cantan el asno y el bufón
que hacen sangrar los cascabales como si fueran claveles)
es el payaso de los inflados bombachos.
Su traje sin sentido, sus purulentos parches de alquitrán o albayalde,
sus bellísimos zapatones de ánade.
El mismo que come en el rincón, casi comiendo por hacer que come,
sus bolitas de alcanfor, hasta sus propias vísceras risueñas,
y nos mira (como un mar, como el mar que siempre nos rodea)
con orillas de tinta en sus pupilas.
Y él lo sabía mucho antes de nacer, antes de ser preñez de tantas madres.
Lo sabía.
Y después lo cuajó y repitió hasta el cansancio,
pariéndolo sin fin en duro monte, en quijada bostezo,
en llagada amapola,
en los fieros muñecos (los testigos) que hermanan el silencio con el trino.
Y otra y esotra vez las macizas mujeres (las guardianas)
que defienden el velorio y la siembra,
el cántaro y la llama del horno.
Lo sabía con todas sus colinas y muelles en la espalda
y la peluca llena de piojos del magistrado
que atentamente mira al chulo que masca su palito de limón.
Lo sabía.
Todos en uno hasta alcanzar ninguno en asumido resplandor y fuego.
Enseñando a la muerte (a la nuestra, a la de cada quien
mojando de sudor su cada cosa) a vivir y a ganar su cada día
entre frascos sellados y guantes con tumores.
A vivir de verdad su propio sueño.
Y esto lo dijo, pudo ser, acaso poniendo una palabra aquí,
con su estricto gemido,
y otra palabra allá con su mínimo infierno de alegría.
También su prestable cicatriz, su pómulo secreto en cada rostro.
tampoco dijo lo demás, si pudo.
Pero enseñó a la vida (a la nuestra del grumoso estupor y el pan de cada día)
a ser más muerte, a ser muerte de veras, muerte en vida,
lo que estalla en ala, sed que aliña el estrago,
azul que lame y rompe sus espejos.

¡Y tan herido de terror, tan solo, tan lleno de guitarras y mendrugos
tan urgido de amor, tan atestado de dientes, orinales y retratos!
Ahora habla el espantapájaros que dora las espigas y les pone su vírgula de paja a los ojos de cada muerto para que sigan despiertos. Cambia, pues, de tono, carraspea. Afirma con su más hondo eructo de barítono en celo: Tus caminos fueron de aceite y oro. Tu casa, de lástima y jazmín. Tu voz tuvo a la noche por hermana y fuiste el tesorero de las viejas palabras. Todo lo que nombraste contiene cal, lujuria, saliva de la tierra. Eres el presente de una alquimia futura. Alguna que otra vez — relámpago y fantasma— emerges de algún pozo y bautizas el agua. O escribes nuestro nombre y apellido en la fronda de un patio o el recuerdo defiendes —hiriéndolo en su centro, besando sus estigmas— para que no olvidemos. Para que tu fulgor, tus octubres de hierro y levadura y tus jueves repletos de brujas y santos a caballo, regrese a nuestras venas. Y sepamos lo que pesa un dintel, lo que alindera y defiende una lámpara, lo que espera —urdido, sembrado, leído y olido por nosotros— en un tiesto de orégano, en un libro entreabierto, en una rosa.
Ahora te busco en un soneto (aquel de luz y nardos que disuelve
un triunfo de cenizas por el cielo)
abro tu voz, el mimbre de tus alas,
entre espumas y sables que juegan con la luna.
También aquí, de nuevo, hirviendo sus adentros,
las terribles madrazas, que se comen sus codos y sus senos
mientras raspan y afilan su garras en la piedra.
Persigo, te repito, ese momento
en que descubres una invisible grieta en un puente, en un búcaro
(tus romances, al fondo, tienen zagalas de grosella y anís
y nanas errabundas
y olifantes que trazan las facciones del miedo)
o adivinas el torso de un dios en el grito de un niño
o escuchas el aplastado llanto de las vacas
lamiendo sus terneros entre sagrados matarifes
o cuentas y recuentas los centenares de miles de patos
que tiemblan diariamente (descuartizados sin plegaria, sin gracia)
entre las fauces de un monstruo vacío.
Tal vez me explicarías, lograrías explicarme,
el corbatín (ese dato, esa concreta fecha en un huerto o una alcoba)
con que enlazaron tu íncubo de ojos atónitos,
de joven emir que escucha el pésame de una fuente.
O tal vez, asimismo, borrar el laberinto de papel o de hojaldre
donde tu mano extiende —cada día, cada hora, cada feroz segundo— esa misma manzana
que fecunda el silencio y envilece la lluvia.

Ha llegado, pues, Federico, el momento de ponernos serios. Ya he alineado los múltiples disfraces que me harán plenamente reconocible: mi potente mostacho de historiador; mis medias listadas y mi bonete de niño mimado después de su primera comunión; mi sotana y mis calzoncillos de alzapesas de circo; mis famélicos hombros y mis sólidas tripas de gerente. Y también desplegadas, por si acaso, mis alas de celofán, mi pornográfico estornudo y mis confiables incisivos chupasangre de ángel de la guarda. Estoy, por tanto, dispuesto a explicar y a explicarme. Todo al unísono. El girasol también y las campanillas del carruaje o de mi bombacha de bufón. Por lo tanto, si acaso, y por lo mismo. Soy un hombre —miradme con suma atención por mis muchísimos lados, esquinas y perfiles— que está declarando, declamando o esputando sus tantos oropeles, recovecos, cachivaches y manías y que hasta se permite el lujo de disparar, de cuando en cuando (con afelpada, astuta y reflexiva timidez) las calculadas flechas de su llanto. Como quien dice, poniéndole su punto a cada jota. Y esto lo hago porque también esta y aquella y esotra declaración fueron juradas, testamentadas, hasta rizadas, digo. Y un atronante (navegable) río de alguaciles, pirómanos, mamertos y notarios logró, al fin, descubrir al inocente (al que tapaba su desnudez con el último lirio) llenándolo y frotándolo con su cieno de pus y de gargajos, de sellos de correo, erizos triturados y baba de juzgados y letrinas. Y por ti, para ti, por tu suplicio —por el tiritante que tuvo un ojo para cada ventana, para cada mirada y cada espiga y recordó que cada aurora nos tiñe de sangre y que todo hombre puede y debe ser un redentor; por abusar a su antojo de tu almario y tu vientre, Federico —una engrudosa confabulación hizo posible ese remedo o renegrido furor de asqueado veredicto en que el techo, la piedra y el umbral de cada casa quedaron, en tiznada apariencia, lavados de toda culpa. Pues el vinagre (óyelo en el murmullo de esa fuente que a tu costado llora por el crimen, lo gime y lo repite gota a gota) la lanza y el gargajo no han terminado su labor. El festín no ha terminado todavía.Y sin embargo.

Héctor Rojas Herazo

Muerto de verdad

Gallus exultans canit· Prudencio
Conviértete a tu proporción, conviértete a tu hombre· J.R.J.
Trabajar como protesta· F.G.L.

El gallo lo sabía.
Cavaba con su roja piqueta calicatas al alba,
desde siglos sabiéndolo.
Cavaba. Ciego. Alerta. Irremediable.
Y de nada servía.
Era imposible ya trabajar en señal de protesta.
Protestar con ambiguos personajes, metáforas,
historias personales (o escuchadas), desplantes andaluces,
universales tópicos certeros.
La muerte --la inocente—
se regalaba su tributo.